

Identidad y Sentido de Pertenencia Vicenciana

Luigi Mezzadri, C.M.

Las experiencias de Folleville y Châtillon han sido experiencias fundante¹. Los dos momentos fundadores de la Familia vicenciana han abierto los ojos al santo sobre la necesidad de Palabra y de Pan de la gente de su tiempo en Francia, y le han hecho entender cuál sería su misión y la identidad de la Congregación de la Misión.

Una pregunta

La identidad es el conjunto de características que hace a los vicencianos únicos e inconfundibles. En una época, al menos para los misioneros, incluso el hábito ayudaba. Las circulares de los siglos XVII y XVIII están llenas de advertencias sobre botones, barba y zapatos. La uniformidad era dogma. Los horarios y costumbres de París eran ley para todo el mundo. Es cierto que no era el hábito el que hacía al lazarista. Un hábito lleno de nada no define a nadie. La identidad es hija del carisma. Aunque es claro que, como sucede en la vida, los hijos pueden traicionar el legado de sus padres.

La identidad la podemos comparar con un fruto de la familia de las drupas como el albaricoque, el melocotón o la cereza. El fruto se compone de una semilla dura rodeada por la pulpa. La semilla

¹ J.-P. Renouard, *Saint Vincent de Paul maître de sagesse: Initiation à l'esprit vincentien*, Paris 2010; L. Nuovo, *San Vincenzo de' Paoli. La carità credibile della Chiesa*, Jaca book-Centro liturgico vincenziano 2016; L. Mezzadri, *Ritorno alle sorgenti. S. Vincenzo de' Paoli a Folleville e Châtillon ieri ed oggi*, Tau, Todi, 2017 (tr. sp. *Vuelta a las fuentes. Folléville y Châtillon 1617-2017*, Ceme, Salamanca 2017); id., *S. Vincenzo e i suoi poveri*, S. Paolo, Cinisello Balsamo 2017; id., *San Vincenzo de' Paoli e gli esclusi del Tempio e della Storia*, Tau, Todi, 2017 (in corso).

representa la estructura tradicional: nombre, gobierno, votos, normas, tradiciones. Si examinamos la semilla veremos que las diferencias con otras familias religiosas no son grandes. En nuestras reglas se pueden reconocer expresiones que se remontan a Pacomio, el fundador del monacato cenobítico, aunque sean tomadas de las reglas de los jesuitas. Nada de nuevo pues bajo el sol. Las reglas nos reclaman constantemente. ¿Pero cuál era su invitación? La regla como san Vicente la ha querido no consistía en un aparato con dos ranuras, *se puede o no se puede hacer*; que contradice el sentido. No quería llevar los misioneros a vivir bajo una moral de la ley sino una moral de la obediencia evangélica.

¿Obediencia a qué? ¿Para hacer qué? La respuesta de Vicente es clara: *«cuando nuestro Señor imprime en nosotros su carácter y nos da, por así decirlo, la savia de su espíritu y de su gracia, estando unidos a él como los sarmientos de la viña a la cepa, hacemos lo mismo que él hizo en la tierra, esto es, realizamos obras divinas y engendramos lo mismo que san Pablo, tan lleno de su espíritu, nuevos hijos de nuestro Señor»* (SVP XI, 237).

Todo ello para responder a una pregunta formulada del siguiente modo por el mismo san Vicente: *«¿Por qué está usted en la Misión?», habría que reconocer que es Dios el que la ha hecho, para que trabajáramos en ella: primero, en nuestra perfección; segundo, en la salvación de los pobres; y tercero, en el servicio a los sacerdotes; y decir: «Estoy aquí para eso».* (SVP XI, 383).

Cristo-pobres

La respuesta parece obvia, sobre todo para quien haya entrado en la comunidad después de los años 80 del siglo pasado. Sin embargo este no era el sentir común de quien había entrado en la congregación antes.

Se conocía y se citaba el texto bíblico clave para el santo, el discurso en la sinagoga de Nazareth:

*«El Espíritu del Señor sobre mí,
porque me ha ungió
para anunciar a los pobres la Buena Nueva,
me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor.*

Enrolló el volumen, lo devolvió al ministro y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: “Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy”» (Lc 4,18-21).

Hombre concreto, que quería ver todo con los propios ojos y tocar con las propias manos (IV, 458; VI, 367), Vicente no se había dejado conducir por emociones o ideas abstractas. «El carisma está para ser encarnado, nace en un lugar concreto y luego crece. Pero es necesario buscar donde ha nacido. (Papa Francisco). Su carisma – estaba seguro – había nacido del encuentro con Cristo misionero enviado por el Padre para ser el evangelizador de los pobres. Por tanto el fin de los misioneros – como repetía en sus conferencias – es gastarse por la salvación de los pobres «a imitación de Nuestro Señor Jesucristo, que es el único y verdadero Redentor que ha realizado perfectamente el nombre amable de Jesús, es decir Salvador [...] Durante su vida terrena todos sus pensamientos estaban dirigidos a la salvación de los hombres, y todavía persiste en los mismos sentimientos » (Abelly I,III, 89s.). Cuando Vicente ha tenido la feliz intuición de definir a Cristo «regla de la Misión» (SVP XI, 429) había querido significar que la Misión es conducida por Jesucristo (*regula da regere*), aún más se mide sobre Jesucristo porque los misioneros tienen «su corazón de caridad» (SVP XII 264), y se precipitan sobre su abismo de dulzura (SVP XII 110) para ser así elegidos «como instrumentos de su inmensa y fraterna caridad, que quiere establecerse y dilatarse en las almas» (SVP XII 262).

La identidad es conformidad con Cristo: «*El propósito de la Compañía es imitar a nuestro Señor, en la medida en que pueden hacerlo unas personas pobres y ruines. ¿Qué quiere decir esto? Que se ha propuesto conformarse con él en su comportamiento, en sus acciones, en sus tareas y en sus fines*» (SVP XI, 383).

El punto central de la identidad vicenciana está constituido por Jesucristo y los pobres.

Evolución-involución

Los elementos identificadores se han evidenciado en el crecimiento de las obras. Vicente ha procedido no con cascadas de proyectos. Él ha sido un buscador de los caminos del Señor (*Sal* 24,4). Ha tratado de no transmitir un estilo agresivo, típico de un industrial. Todas sus fundaciones han sido queridas con tal que la propuesta viniera de otros, señal que para él significaba la voluntad de Dios. La búsqueda de la voluntad divina fue para Vicente el elemento fundamental de su visión de fundador de una comunidad que tuviese la misión de la evangelización de los pobres. Pero se trató siempre de necesidades concretas, para una misión concreta, para hombres con los pies sobre la tierra y los ojos puestos en el cielo.

El realizarse “hoy” ha sido el elemento diversificado entre Vicente y la tradición de sus sucesores. Vicente se sentía guiado por el Espíritu que es “creador”, en cuanto «crea la semejanza con el Cristo manso y humilde de corazón»², mientras que para sus sucesores la Regla era algo ciertamente precioso, pero algo que solo se debía custodiar, como una reliquia. No vivían para el hoy. Como la mujer de Lot mirando hacia atrás. Hombres de ayer. El ejemplo lo tenemos en la misión de Madagascar «*Quizás diga alguno de esta compañía que es preciso dejar Madagascar; es la carne y la sangre las que así hablan, diciendo que no hay que enviar allá a nadie; pero yo estoy seguro de que el espíritu habla de otro modo, ¿Pues qué,*

² Desarrollan bien el concepto las Cosntituciones y los Estatutos de la Compañía de las Hijas de la Caridad, art. 18.

padres? ¿Dejaremos allí completamente solo a nuestro buen padre Bourdaise?» (SVP XI, 296). Bourdaise había muerto hacía más de un año y la misión vicenciana en la lejana isla murió poco después de la muerte de san Vicente.

De hecho poco a poco, sobre el camino de la pequeña compañía se había alzado un velo de neblina que gradualmente se iba volviendo más espeso.

Los primeros signos se tuvieron cuando todavía vivía el santo: «*Pero ¿para qué, me dirá alguno, encargarse de un hospital? Ahí están esos pobres del Nombre de Jesús que nos trastornan: hay que ir a decirles misa, a instruirles, a administrarles los sacramentos y a ocuparnos de todas sus cosas; ¿y por qué hemos de ir hasta la frontera a distribuirles limosnas, exponiéndonos a muchos peligros y apartándonos de nuestras funciones? — Padres, ¿es posible criticar estas buenas obras sin ser un impío? Si los sacerdotes se dedican al cuidado de los pobres, ¿no fue también éste el oficio de nuestro Señor y de muchos grandes santos, que no sólo recomendaron el cuidado de los pobres, sino que los consolaron, animaron y cuidaron ellos mismos? ¿No son los pobres los miembros afligidos de nuestro Señor? ¿No son hermanos nuestros? Y si los sacerdotes los abandonan, ¿quién queréis que les asista? De modo que, si hay algunos entre nosotros que crean que están en la Misión para evangelizar a los pobres y no para cuidarlos, para remediar sus necesidades espirituales y no las temporales, les diré que tenemos que asistirles y hacer que les asistan de todas las maneras, nosotros y los demás, si queremos oír esas agradables palabras del soberano Juez de vivos y de muertos: «Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está preparado, porque tuve hambre y me disteis de comer; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me cuidasteis» Hacer esto es evangelizar de palabra y de obra; es lo más perfecto; y es lo que nuestro Señor practicó y tienen que practicar los que lo representan en la tierra, por su cargo y por su carácter, como son los sacerdotes»* (SVP XI, 393-394).

«*Evangelizar de palabra y de obra*», había dicho san Vicente. Era para él «*la cosa más perfecta*». De hecho después de su muerte prevaleció el evangelizar solo “de palabra”. Poco después de la muerte del santo son asumidas las parroquias reales (1661 y siguientes). Luego vino el Colegio de Saint-Cyr (1692). Los obispos por su parte nos pidieron de ocuparnos de la formación de los sacerdotes en los seminarios. Misiones y seminarios, dos ministerios clásicos de la palabra, llevaron la delantera.

Se insinuó de hecho la convicción de que *evangelizar a los pobres* correspondía a los misioneros mientras que *socorrerlos* era competencia de las Hijas de la Caridad.

Las Constituciones de 1954 distinguieron entre un fin general (la gloria de Dios y la perfección de cada miembro) y uno especial, subdividido en tres párrafos: 1° evangelizar los pobres, especialmente aquellos del campo; 2° ayudar los eclesiásticos; 3° atender las obras de caridad y de educación.

Estas Constituciones no permanecieron en vigor muchos años. Fueron aquellas sobre las que se formó mi generación. Y la enseñanza que recibimos fue la de considerar la identidad de la Misión dirigida principalmente al ministerio de la Palabra (Misiones y Seminarios) y no al de la Caridad; Folleville separado de Châtillon. En el centro estaba el hombre, invitado a una dedicación ascética en la que todos sus esfuerzos conducían a alcanzar la santidad. Toda la formación de los ordenados en los años sesenta, era deudora de una espiritualidad en la cual el Espíritu Santo estaba ausente, mientras que dominaban los verbos *deber*, *poder*, *querer*. Pero estaban ausentes sobre todo los pobres.

Camino reparador

Llegó el Concilio Vaticano II. *Perfectae Caritatis* definió la Vida Religiosa como una vida en la Iglesia, para la Iglesia y de la Iglesia³.

³ L. Mezzadri, *Fatevi mondo, fatevi Chiesa. Laici, seminaristi, presbiteri e religiosi* (Il Concilio Vaticano II), Tau, Todi 2014, 99-121.

Fue evidente la crítica a la concepción de la vida religiosa como “fuga mundi”. Alguno puso en cuestión la tradicional expresión del misionero “cartujo en casa”. Pero no había motivo en cuanto que ella se refería a la vida interior del misionero. Más importante para nosotros fue el llamado a la adaptación y a la renovación (*accomodata renovatio*) de las comunidades, indicando cinco principios-guía:

1. Seguir a Cristo: era la regla suprema; por tanto los distintos institutos fueron llamados a superar todo (reglas, costumbres, estatutos) para referirse principalmente al Evangelio;
2. El segundo punto fue el retorno al espíritu y carisma del fundador o fundadora;
3. El tercer punto fue la petición hecha a los institutos religiosos de insertarse en la vida y misión de la Iglesia;
4. El cuarto fue un llamado a adaptarse a las exigencias de los tiempos, lo que conllevaba un discernimiento de los valores del mundo;
5. La conclusión fue una invitación a llevar a cabo un *aggiornamento* sobre todo espiritual.

La renovación debía pues tener los pies en la tierra. Debía fundamentarse sobre un retorno a las fuentes de la vida cristiana y a las inspiraciones de los fundadores, y adaptarse a las condiciones de los tiempos. Entonces ni arqueología ni modernismo. En otras palabras el Concilio decía que los religiosos no debían dejarse dictar la agenda de la renovación, ni de su pasado ni del mundo, sino de Cristo.

Se deberán por tanto revisar los documentos de que disponía cada instituto: «*Por esta razón, sean revisados y adaptados convenientemente a los documentos de este Sagrado Concilio las constituciones, los “directorios”, los libros de costumbres, de preces y de ceremonias y demás libros de esta clase, suprimiendo en ellos aquellas prescripciones que resulten anticuadas*» (PC 3).

La Congregación inició un triple camino. El más exigente fue aquel de *las acciones*, en las Asambleas de 1968-1969 y en aquella de 1980, además de aquella *punte* de 1974⁴. El segundo fue aquel de los estudios⁵, que florecieron en varias regiones y dieron lugar a encuentros, estudios, biografías, revistas. El tercero fue aquel de experiencias-piloto en los ámbitos de la evangelización y la caridad.

De la Asamblea de 1980 surgió otra visión de la comunidad, una comunidad «*en salida*» sobre los pasos de Cristo «*que anuncia el Evangelio a los pobres*» (C. 1). El Evangelio no es obra nuestra, la salvación no es fruto de nuestros esfuerzos.

La primera parte de las Constituciones de 1980, aquella fundamental, tiene como título “*la Vocación*”, título que deriva de un texto de San Vicente: «*de esto es de lo que hacen profesión los misioneros; lo especial suyo es dedicarse, como Jesucristo, a los pobres*» (SVP XI, 387).

A cuatrocientos años de los inicios todo puede recomenzar. La savia es sana, circula generosamente y se llama «*Caritas Christi*». Es tiempo de dejarla actuar para que nos haga redescubrir la mirada de novedad de los días de Folleville y Châtillon, de aquellos pocos que «*salían*» de casa, dando la llave a los vecinos, y se encontraban para

⁴ M. Pérez Flores, *Desde las Constituciones de 1954 a las de 1980*, in *SIEV. Mois Vincentien* (Paris 2-28 juillet 1984), in *Vincentiana* 28(1984)751-784.

⁵ La Curia General se hizo promotora de iniciativas de estudio (GIEV, SIEV, CIF) que dieron lugar a encuentros (importante aquel del 1981), a los *Mois vincentiens* y a la *Historia de la Congregación, iniciada por J.M.Román e L. Mezzadri* y llevada a cumplimiento por J. Rybolt. De Francia salieron las publicaciones de A. Dodin, R. Chalumeau, J.-P. Renouard, J. Morin, J.-C. Lautissier, J.-Y. Ducourneau, le *Fiches vincentiennes*. De España las *Semanas de Salamanca* y las publicaciones de J.M. Román, J.M.Ibáñez, el *Diccionario Vicenciano*. De Italia surgieron las iniciativas del *Gruppo di animazione vincenziana* y los trabajos de C. Riccardi, L. Mezzadri, L. Nuovo, E. Antonello. De los Estados Unidos ha llegado *Vincentian Heritage* y las contribuciones a la historia de la congregación de J. Rybolt.

planificar los turnos de la caridad. Pocos pero no solos. Con ellos estaba Jesucristo. Y los pobres.

Folleville y Châtillon han sido como el tenue fuego de la zarza de Moisés. Han sido las señales de una vida que comenzaba. Allí hemos conocido el Nombre y la Misión y el Carisma, que son palabras de futuro, que nos han dado aliento como al primer Adán. Folleville y Châtillon nos han dado un estilo, que es como el vestido del vicenciano, que nos hace reconocibles, que nos permite decir quiénes somos. Es un estilo hecho de sobriedad y de modestia, que ama escuchar y hospedar y privilegia celebrar bien según el Concilio.

Los hombres mueren, un carisma no muere nunca. Esto nos hace esperar una renovación, aún más un renacimiento, que no será certificado por estadísticas o números, sino por la Iglesia y por los pobres.

Traducido del italiano al español por Humberto Aristizabal, C.M.